

tricia extranjera que introducen los que no saben nuestro idioma, cuando sobran en él modos elegantísimos de expresar cualquier pensamiento? El trabajo es buscarlos; y este trabajo no puede facilitarse sino con la lectura asidua de nuestros escritores.

Cierta señora se disculpaba de los frecuentes galicismos que cometía en la conversacion, diciendo que habiendo aprendido á pensar en francés, por lo familiares que le eran las obras clásicas de esta nación, no era mucho que su frase se resintiese de los giros propios de aquel idioma. Esta disculpa no nos satisface, porque todas las personas que pertenecen á la sociedad culta están obligadas á buscar en su lengua nativa los medios de expresar sus pensamientos. Pero aunque admitiéramos la excusa por consideracion al bello sexo, y toleráramos las infracciones en la conversacion, no puede admitirse ninguna para renegar del idioma nativo en una obra que se da al público.

Tratemos ya de la introduccion de las voces nuevas. O estas las toman inmediatamente los escritores españoles de los idiomas latino y griego, ó las reciben por el intermedio de los franceses ó ingleses que ya las han adoptado, ó en fin, las derivan, no de aquellos idiomas antiguos, sino de las lenguas extranjeras.

En cualquiera de estos casos ha de ser evidente la necesidad de la introduccion. Nuestro idioma es ya barto abundante, para que andemos á caza de vocablos. El uso inmoderado de palabras latinas ó griegas no necesarias para expresar los conceptos fue el siglo XVII una de las plagas que sufrió nuestra literatura, y se le dió en aquel mismo siglo el nombre de *Latiniparla*, parte esencial del culteranismo.

Se requiere mucho pulso y prudencia en los escritores para introducir una voz nueva, aunque se tome de las fuentes naturales de nuestra lengua, como son los idiomas griego y latino: pues además de la necesidad, hay que atender á la terminacion que ha de dársele, y á usarla de manera, que parezca nacida en la lengua misma, aun á los que antes no la conocian. Lo mismo decimos de las frases y modos adverbiales. Y si se exige del escritor tanto miramiento, ¿cuanto mas se deberá exigir de la academia, que además de estas consideraciones, se ve obligada á consultar el uso y á calificarla?

Mas frecuente es que tomar voces de las lenguas latina y griega, repetir las que han tomado y no cesan de tomar diariamente de los mismos idiomas los escritores franceses é ingleses. ¡Cosa extraña! La misma voz, que acaso no nos atreveríamos á tomar por nosotros mismos de aquellas fuentes, que son comunes á todos los idiomas europeos, se admiten sin dificultad en el uso común cuando las introduce en España un escritor extranjero. Pero esto es consecuencia natural del voluntario servilismo en que yacen nuestra literatura, nuestra política, y hasta nuestra poesía. Desde mediados del siglo pasado han sido los escritores españoles, hablando en general, ecos fieles de los franceses: y siempre que estos alteran sus ideas en materias de política, filosofía ó teatro, se apresuran los nuestros á copiar aquellas alteraciones.

Pero sea de esto lo que fuere, nosotros miramos como un principio cierto, que nuestra lengua tiene derecho para adoptar toda voz, derivada del griego ó latin, que los extranjeros hayan tomado de estas fuentes. Nuestras son, con tanta ó mas razon que de ellos. Quédeles enhorabuena la gloria de la introduccion; mas no pueden privarnos de su uso. Sin embargo, debemos ejercer este derecho con sobriedad, y solo en los casos necesarios.

En cuanto á las voces técnicas de las artes y ciencias, claro es que las ideas nuevas que significan, exigen su introduccion. Algunos han creido que es de lujo la introduccion de palabras griegas ó latinas en la nomenclatura científica; y que pudieran muy bien suplirse con voces tomadas del propio idioma y ya conocidas en él, con lo cual se evitaria, dicen, la dificultad que resulta á los alumnos por la extrañeza de las palabras. ¿Por que no se ha de decir *fragmento* esférico en lugar de *segmento* esférico? La primer voz es mas vulgar y conocida que la segunda.

Si; pero no significa lo mismo. Fragmento es cualquier porcion de las que se separan de un cuerpo cuando se le parte, quiebra ó rompe de modo cualquiera. Segmento, en el lenguaje de la geometría, significa estrictamente la porcion separada de una esfera por medio de un plano que la corta. La primer voz tiene un valor general, como sucede á todas las que se toman del lenguaje común: la segunda ex-

presa con exactitud la idea, como es indispensable así en geometría como en las demas ciencias. Pero „los griegos, dirán, tomaban sus vocablos científicos del idioma vulgar.” Eso querrá decir, que tenemos esa ventaja sobre los griegos, en compensacion de tantas como aquella hermosa lengua lleva á las demas.

Pero las voces técnicas, generalmente hablando, no pertenecen al Diccionario de la lengua, sino al de las artes y ciencias. Hay algunas, sin embargo, que deben introducirse en el primero, y son aquellas que se usan ya en el lenguaje de la sociedad culta ó en las obras de los escritores, aunque no sean de la facultad. Esta misma excepcion prueba la regla general. *Despejar la incognita* es ya una frase tan común, que no tendríamos dificultad alguna en darle lugar en el Diccionario, si estuviésemos encargados de su redaccion.

Con este motivo observaremos que las voces y expresiones técnicas suelen usarse á veces, como todas las demas, en un sentido figurado; y cuando llega este caso ya pertenecen al lenguaje común, y es menester introducir las y definir las. Lo mismo decimos cuando sirven para hacer comparaciones, pues la semejanza es el fundamento de las expresiones figuradas.

Concluyamos con las voces tomadas de las lenguas modernas. Como estas no son ni deben ser fuentes de la nuestra, solo pueden usarse aquellas palabras en casos de absoluta necesidad, y dándoles una terminacion análoga á la de nuestras voces. En cuanto á ese inmenso número de palabras que las avenidas de la moda nos traen y nos llevan todos los dias en materia de trajes, adornos, bailes y otras fruslerias semejantes, no pueden tener lugar en nuestro Diccionario. El idioma bárbaro que es necesario emplear cuando se habla de estos asuntos prueba bastantemente que ni la expresion, ni las voces, ni las cosas son nuestras.

Ha tenido pues mucha razon la academia española en decir en el prólogo de esta edicion del Diccionario que „no se juzga autorizada para darles lugar á los nombres técnicos en su Diccionario hasta que el trascurso del tiempo los va haciendo familiares...” Y si esto es cierto con respecto á las voces tomadas de las fuentes de nuestro idioma, ¿cuánto mas lo será con respecto á las que tienen su origen en el frances ó en otras lenguas modernas?

En cuanto á las reformas ortográficas, la academia en esta edicion se ha limitado á la supresion de la *g* fuerte en aquellas voces que no la tienen en su origen, como *ejercer* y sus derivados: y solo la ha conservado en las que la adquirieron por su etimología, como *gente*. La academia ha respetado los derechos del uso antiguo, que conservaba á las palabras las letras de la fuente latina: sin embargo no se negará á desterrar la *g* fuerte de la ortografía, cuando la haya autorizado para ello el uso de los buenos escritores: porque está convencida de que los signos ortográficos no se han inventado para indicar el origen de las voces, sino para traducir la pronunciacion en escritura.

Las reflexiones del prólogo citado sobre la conversion de la *x* en *s* ó en *cs*, censurando una y otra, nos parecen convincentes. „No se debe desvirtuar la noble y varonil robustez de nuestro idioma”, dice para censurar la sustitucion de la *s* á la *x* en *contextura* y otras voces semejantes; por suavizar la pronunciacion se quita el nervio á la lengua, como ya ha sucedido en *Septiembre* y otras voces, privadas ya de algunas de sus consonantes. Si sigue esta manía, llegaremos alguna vez á decir *Otubre*, *ésito* y *concecion*. No censuramos aquí la licencia poética, que suprime consonantes en algunas voces, como *benigno*, *efecto*, en favor de la rima.

Es difícil determinar si la *x* equivale á *cs*, ó á *gs*, ó si es un sonido medio entre estos dos, á lo cual nos inclinamos: porque la voz *éxito* nos parece que no se pronuncia tan fuerte como *écsito* ni tan suave como *égsito*: de donde inferimos, apoyando la doctrina del Diccionario, que la *x* es una consonante indivisible, y que por tanto no puede resolverse en otras dos. Debé, pues, conservarse.

Otra innovacion quieren introducir algunos, que es la supresion de la *h*. Confesaremos que es inútil en medio de palabra en cuanto á la pronunciacion; pero no así al principio. La aspiracion representada por esta letra se hacia antes cuando estaba al principio de diction; y aun en el dia es preciso hacerla en algunos versos de nuestros poetas del siglo XVI, si se quiere evitar el hiato que les desvirtuaría: como se ve en la primera estanza del *Vaticinio* del Tajo de Fr. Luis de Leon.